

CRONICA INTERNACIONAL

HABITUALMENTE viene encabezando estas Crónicas una ojeada al panorama de las relaciones entre lo que convencional e inexactamente viene llamándose «Occidente» y «Oriente»: términos impropios que engloban a países muy heterogéneos, y sobre todo con una serie de posiciones diplomáticas muy distantes de la armonía dentro de cada uno de ambos grupos. Pues en buena parte los países orientales han venido girando alrededor de la llamada «tercera posición» que pretendía ser equidistante de los bloques antagónicos encabezados por los Estados Unidos y la U. R. S. S. Ello era lógico, dada su especial situación y sus intereses; pero para que pudiera constituir un buen camino diplomático exigía la concurrencia de un supuesto fundamental: la exactitud de la equidistancia. Y el «neutralismo» capitaneado por la India nació viciado de parcialidad antioccidental. Pues no se trataba sólo de la justa reacción contra las supervivencias políticas, en regresión, del colonialismo occidental en Oriente y Africa, ni de la análoga, no menos explicable, contra las formas insidiosas del colonialismo económico euroamericano, sino que se entremezcló con una xenofobia inclinada del lado de la U. R. S. S. y desde la Conferencia de Bandung, de su asociada asiática, la China continental. De modo que la tercera posición, o el neutralismo, hicieron el juego a Moscú y Pekín, y esto era peligrosísimo para los Estados africanos y asiáticos ya grandes —como Bharat o Indonesia—, ya medianos y pequeños, todos ellos poco industrializados y necesitados de una ayuda técnica y financiera exterior para resolver sus acuciantes problemas internos, que sólo el Occidente, con todos sus defectos, podía prestarles. El otro grupo, el comunista, presta consejos y agitadores, azuza, vende armas, promete mucho para dar poco o nada, y en el momento decisivo deja solos a quienes espoleados por las durezas de los dirigentes financieros de los Estados eximetroplitanos, se lanzan

por el peligroso camino de desafiar su poder, generalmente respaldado por el norteamericano, dada la gran influencia que en las sencillas políticas de Washington ejercen Londres y París.

* * *

Todo lo anterior viene a cuenta de la grave crisis internacional desencadenada en el tercer trimestre de 1956 en torno al Canal de Suez, o por lo menos tomando como pretexto la nacionalización de la Compañía concesionaria por el Gobierno egipcio. Porque la verdad es que antes de que se decretara en El Cairo tal nacionalización —similar a las abundantes acordadas en Inglaterra y Francia sin protesta de nadie— se veía venir una seria tormenta política contra el foco más vulnerable entre los varios a los que aquellos países atribuyen sus dificultades y retrocesos en el mundo exdependiente o aún dependiente que empieza en Rabat y acaba allende Singapur. Contra Moscú, ninguno de aquellos países se atreve. Un complejo de «coexistencialismo» con esperanza de buenos resultados se lo veda. Contra Pekín, tampoco. Ni contra Nueva Delhi. La «cabeza de turco» —es este caso egipcio— elegida fué el presidente Nasser, ciertamente fogoso y activo, recién incorporado al sospechoso trío Tito-Nehru-Nasser, que en las Brioni celebró una entrevista en la que pudieron faltar muchas cosas, pero no las pretensiones de intervención en los principales problemas mundiales, entre los cuales los de Chipre, Aden, Singapur y Argelia —cada uno dentro de sus dimensiones— que tenían soliviantados a los anglofranceses. Nasser debió reflexionar ante la doble retirada de la buscada ayuda occidental, arredrada por el supuesto apoyo ruso para la realización de la presa de Asuán, una gran obra necesaria para su pueblo y que las organizaciones de la O. N. U. deberían financiar. Pero su impulsiva reacción —mal calculada, porque los ingresos del Canal no permitirían nunca realizar el otro proyecto— fué sólo antioccidental. Y no menos sorprendente por lo desproporcionada en su anacrónica violencia perturbadora de la paz mundial, fué la reacción franco-inglesa con sus amenazadoras conminaciones, embargos y movilizaciones: Si el raciocinio sirve para algo en las relaciones internacionales, es inconcebible la actitud de los *tories* británicos y de los socialistas franceses, pretendiendo retrotraer los procedimientos internacionales a la

época finalizada en 1914 ó en 1939. Aunque en España ya no nos sorprenda nada, desde que hemos presenciado cómo los socialistas franceses, tan sensibles siempre que cualquiera de los terroristas que cruzan los Pirineos es apresado, se han empeñado en el más monstruoso genicidio practicado desde 1945 contra la nación argelina. Por contraste, la actitud norteamericana, influida por el panorama electoral interno, fué sensata y moderadora, dentro de su apoyo al Occidente. Y al principio parecieron sensatos hasta la India y la U. R. S. S., más sólo hasta donde convino a ésta.

* * *

De todo ello nació la Conferencia de Londres, mal planteada y embrolladamente orientada. Se olvidaron bastantes cosas —contenidas en el texto del vigente acuerdo de Constantinopla de 1888, cuya recta aplicación hubiera servido de solución—, se apartaron otras —como la debida intervención de la O. N. U.— y se confundieron muchas: nacionalización con expropiación, y compensación y libertad de navegación por el Canal con su control y administración. No creemos pecar de subjetivistas si registramos con la natural satisfacción que la Delegación española, presidida por el propio ministro de Asuntos Exteriores, fué la única que acertó a poner las cosas en claro, presentando su original y constructiva propuesta, que eliminaba los ataques a la soberanía egipcia, existentes en el proyecto occidental, al propugnar una administración egipcia del Canal con participación extranjera, en lugar de lo contrario, a la vez que alejaba la maniobra dilatoria indo-rusa. La intervención española, simplificada al final en forma de apoyo condicional al proyecto de «los diecisiete», tuvo la virtud de facilitar la flexibilización de dicho proyecto, haciéndolo más aceptable como base de negociación, al incorporársele las enmiendas de «los cuatro orientales». Nasser aceptó la discusión con la Comisión pentapartita nombrada. Pero entonces el peligro de conflicto revivió ante las excitaciones rusas, las medidas contra súbditos ingleses y las provocativas decisiones o imposiciones de la Compañía del Canal, sólo imaginables sobre la base del respaldo de los Gobiernos francés e inglés. Actitud monstruosa, porque el aplastamiento violento de Nasser —es decir, del joven Egipto—

acarrearía al Occidente mayores males que los atribuidos a su fogosidad. Una solución prudente sería a la vez una solución tranquilizadora y un «buen negocio» para todas las partes.

* * *

En el vastísimo sistema mundial que forman la *Commonwealth* y el Imperio británico, es lógico que hayan seguido produciéndose y anunciándose cambios, unos más evolutivos que otros, pero todos dentro de la tendencia centrífuga que impone el desarrollo que van logrando los pueblos que progresan, en parte por la acertada dirección de Londres y en parte al margen de ella. En la Conferencia de la *Commonwealth*, el nuevo Gobierno neutralista cingalés de Boudarainake anunció el próximo fin de las bases aeronavales británicas en la isla y la proclamación de la República, como ya lo han hecho Bharat y Pakistán. Sudáfrica no adelantó la fecha en que procederá a un cambio constitucional semejante, pero expresó su disgusto por el retraso en la incorporación de los protectorados británicos enclavados o vecinos. El triunfo electoral en Costa de Oro del partido gobernante del Dr. Nkrumah significó que la prometida autonomía total dentro de la *Commonwealth* no podrá ser retrasada por la metrópoli, y que ante el ejemplo de Ghana, y pese a las querellas entre las regiones y los partidos, la Federación nigeriana seguirá un camino semejante. Más lento y difícil se presentó el camino de la total autonomía de Singapur y Malaya, complicadas por el estado de inseguridad interna, el panorama diplomático del Lejano Oriente y la crisis económica de Malaya. En fin, en el capítulo de las situaciones confusas o turbulentas, hay que anotar los atascos constitucionales en Uganda y Aden y la prolongación del forcejeo sangriento en Chipre, pese a las promesas y proyectos constitucionales de Lord Radcliffe y al ensayo de tregua ofrecido por la EOKA, interpretado como síntoma de debilidad por la metrópoli. Por otra parte, en las dependencias que integrarán la proyectada Federación del Caribe, se registró la liquidación de la desaparecida Federación de Leeward, y en Sierra Leona, Somalia y Mauricio, progresos constitucionales.

* * *

Durante el trimestre, los problemas de los Estados magribíes independizados, Túnez y Marruecos, y los de la vecina Argelia, han seguido su curso, sin excesivas novedades respecto de la trayectoria anteriormente marcada. En Marruecos han predominado los esfuerzos para acelerar la unificación y la nacionalización de cuadros y servicios, no siempre improvisables, siendo de destacar la rapidez y la facilidad en los traspasos correspondientes a la zona Norte. Respecto de la zona Sur, el retraso en la conclusión de los acuerdos financiero y militar y los incidentes con Francia indicaron a las claras la subsistencia de obstáculos derivados de lo antagónico de las concepciones local y francesa sobre lo que debe ser una independencia interdependiente. En cuanto a Tánger, modificado inicialmente el régimen estatutario por un *modus vivendi provisional*, la convocatoria de la Conferencia de Fedala indicó que Rabat deseaba proceder respetando en lo posible los intereses de los otros países participantes en la ex zona internacional, e incluso dotarla de una cierta especialidad económica bajo la autoridad majzeniana. Lástima que el anunciado ingreso de Marruecos (poco anterior que el de Túnez) en la O. N. U. y en la U. N. E. S. C. O. fuera acompañado del forcejeo de los partidos, de la crisis económica y de la agitación social, más o menos entremezclada con actos de violencia.

Más tranquilo fué el panorama tunecino, a pesar de las dificultades que la resistencia francesa a dar efectividad a la independencia creó al primer ministro Burguiba, hostilizado por los intransigentes de su partido. Por supuesto que en uno y otro reino, la masa siente como propio la causa de los independentistas argelinos, sostenida tenazmente frente a un monstruoso aparato bélico, que no vacila en los procedimientos, y que es muy superior en medios, aunque muy costoso para la metrópoli, y por otra parte ineficaz como instrumento político. De ahí que Mollet, visitando personalmente al ministro-residente, propugnara un plan federativo bastante parecido al pedido en 1946 por los argelinos y que entonces rechazó París: República o Territorio federalmente unido a Francia, que conservaría las riendas en materias de defensa, relaciones exteriores y política económica —esto último para garantizar los intereses de sociedades y colonos eficazmente servidos por los nietos galos de Marx—, y tutelaría el uso que los poderes locales hicieran de sus atribuciones. Una solución no disparatada, pero que hace pensar a cualquiera

con tristeza en lo inútil del derramamiento de sangre y la miseria y el odio multiplicados en aquel país que debieron y pudieron serle ahorrados.

* * *

En el «mundo árabe» por antonomasia destacó la sorprendente solidaridad con Egipto de los demás países: no sólo Siria, Yemen y Saudía, sus aliados, sino los recelosos como Líbano, Sudán y Libia, y aun los ex rivales Jordania e Iraq. Sin duda que la solidaridad de intereses, lo atractivo del ejemplo de la nacionalización y la sensación de enfrentarse con un peligro común, actual para Egipto, potencial para los otros, realizó el milagro. Porque Israel no se estuvo quieto durante la crisis del Canal, y por cierto que Turquía anduvo menos discreta que Irán y Pakistán.

Tampoco el mundo indostánico estuvo quieto: el pacifista Nehru no reprimió el bloqueo económico y los alfilerazos contraproducentes contra Goa, la lucha con los *nagas*, ni impidió la penetración fronteriza de los chinos rojos en los bordes mal delimitados de la Birmania del nordeste. Sus colonos y braceros tameses produjeron incidentes violentos en el norte de Ceylán y el pleito de Cachemira siguió en su peligroso estancamiento. Más afortunado fué el pequeño reino de Laos al concertar su poder real un acuerdo con los rebeldes del Pathet-Lao para unificar y pacificar el país. Sólo falta que se cumpla, porque a dos pasos queda el Viet Nam dividido en dos partes hostiles, a pesar de los compromisos de armisticio de Ginebra, cuyos plazos pasaron con creces.

Dando un salto al Lejano Oriente, las elecciones nipones permitieron al Gobierno seguir en el poder (pero con ganancias para la oposición socialista), e impulsaron el deseo de Tokio de concluir una paz con la U. R. S. S., recuperando las islas Habourai y Shikotan, Etofuru y Jesup. Pero Moscú se negó a la menor concesión en este terreno y tampoco fué mucho más generosa en los relativos a los prisioneros y a los intercambios comerciales. En cambio, las relaciones niponas con los países que invadió en 1941 en la especiería mejoraron con la firma de acuerdos con Indonesia y Filipinas.

* * *

En comparación con los revueltos mundo árabe, indostánico y amarillo, el Africa negra fué un remanso de paz. Hay en ella colonizaciones arraigadas por el fraternal trato dispensado al autóctono. como se vió en la visita del presidente Craveiro Lopes a las provincias de Mozambique y Angola. Durante el trimestre acabaron de promulgarse los diferentes estatutos de las ocho provincias ultramarinas de Portugal, ajustados a la Ley de Bases de 1933. Tranquilo y constructivo fué también el trimestre para el Africa belga, los territorios franceses y británicos y los Estados independientes de Sudáfrica, Rodesia-Nyassa y Liberia, sin grandes novedades internacionales que registrar en ellos. Etiopía, que concluyó varios acuerdos comerciales y de relaciones con diferentes países, se sumó al grupo occidental durante la crisis de Suez, sin duda por su discrepancia respecto de los planes egipcios para el Nilo.

Ni en el mundo melánida del Pacífico, ni en la Nigricia americana del Caribe es alteraron las relaciones exteriores. Es de señalar el cuidado con que los Estados Unidos lograron esquivar el planteamiento en la reunión de presidentes de Panamá del tema del colonialismo europeo superviviente en su hemisferio suscitado por Guatemala al pedir apoyo a los otros Estados americanos en su reivindicación de Belice. Cuidado que pusieron también en que en la Conferencia de Londres el tema y el caso de Suez no despertara el de Panamá, a pesar de los esfuerzos panameños para aprovechar de algún modo aquella oportunidad.

Finalmente, perduró la tregua política en torno a la Antártida, pese a la concurrencia de expediciones científicas y al proyecto argentino de defensa tripartita de las aguas y tierras del Atlántico del Sur.

* * *

Por lo que a las relaciones españolas hace con el mundo africano y oriental, registrada quedó ya la serena actitud en Londres. Añadamos que el regreso del ministro español Martín Artajo por París y su entrevista con su colega francés Pineau dieron margen para que el primero expresase su parecer de que Marruecos debiera pasar de manzana de la discordia a eslabón colaborativo entre los dos vecinos ex protectores: noble y constructiva postura digna de ser contesta-

da positivamente, porque no era la necesidad precisamente su causa. En Marruecos se prorrogará hasta 1957 el presupuesto de la zona norte, y se seleccionaron los primeros cadetes a formar en España. Nuestro país nombró a su primer embajador en Nueva Delhi y envió como representante suyo a un querido país oriental, Filipinas, a quien hasta entonces dirigió este Instituto y estos CUADERNOS, testimonio inequívoco del interés que en ella despiertan los problemas y las gentes de esa extensa zona de la Humanidad, en donde su huella perdura aún.

J. M. C. T.

5 de septiembre de 1956.